



## Capítulo 294 - Por fin, un hogar.

Vergil siguió a Alexa en silencio.

El olor a sangre aún flotaba en el aire, viscoso y denso como una niebla invisible, pero él no dijo ni una palabra. Ni un suspiro fuera de lugar. Simplemente la dejó respirar. Sentirlo. Cargar con ese peso como ella deseara, sin juicios, sin ataduras.

Subió las escaleras lentamente, cada escalón como si fuera parte de un rito de paso. Una travesía del infierno personal que acababa de experimentar.

No intentó ser un ancla. Sabía que ella no necesitaba más cadenas.

Sólo alguien que estaba allí.

Presente.

"Gracias por eso", dijo sin mirar atrás.

Su voz sonaba baja y ronca. Cargada de una profunda gratitud, no solo por el apoyo, sino por permitirle ser quien necesitaba ser. Incluso después de todo lo que había visto. Incluso cubierta de sangre.

—No me dejaste sola... porque querías apoyarme, ¿verdad? —preguntó, deteniéndose en el último escalón, rozando suavemente la húmeda pared de la mazmorra con la mano. Su respiración era más tranquila ahora. Más viva.





—Quién sabe —respondió Vergil con un suspiro ligero y despreocupado. Pero había algo ahí. Una sutil carga oculta entre sus palabras—. Solo quería asegurarme de que no te atacara.

Ella se apartó un momento. El silencio entre ellos no era incómodo; era un diálogo tácito. Tenso. Profundo. Necesario.

"¿Lo torturaste antes de llamarme?", preguntó, su voz cortando el silencio como una cuchilla afilada. Necesitaba saberlo. Necesitaba entender dónde terminaba su justicia y dónde empezaba la de ella.

"Luchamos en Rumania", respondió con total sinceridad. "Intenté no matarlo... pero acabé perdiendo la cordura. Probablemente lo habría matado a golpes si Zafiro no me hubiera detenido".

Alexa se dio la vuelta.

Bajó dos escalones, lentamente. Cada paso acercaba su mirada a la de él; ojos que aún brillaban con la furia contenida de hacía minutos, pero ahora mezclados con algo nuevo. Intimidación. Reconocimiento. Alivio.

Vergil le sostuvo la mirada. No se movió. No sonrió. No intentó comprender; simplemente aceptó.

Y luego ella lo besó.

Pero no fue un beso tranquilo. Fue urgente. Intenso. Caliente como el hierro recién salido de la forja.





Ella le sujetó el rostro con fuerza, con los dedos manchados de sangre y polvo, atrayéndolo hacia sí como si fuera lo único real en un mundo en ruinas. Vergil no dudó; correspondió en igual medida, sus cuerpos se encontraron como piezas rotas que, juntas, formaron brevemente algo completo.

No era amor.

No era lujuria.

Era necesidad. Dolor. Alivio. Gratitud. Demasiados recuerdos para expresarlos en voz alta.

Sus labios sabían a metal y rabia. Los suyos, a silencio y sombra. Pero en el medio, había algo demasiado crudo y honesto para ignorarlo.

Alexa mordió suavemente su labio inferior al final, tirando, como diciendo "Todavía estoy aquí".



Vergil respondió con una ligera caricia en la cintura, firme pero respetuosa. Como si dijera «Lo sé».

Cuando se alejaron, no hubo sonrisas.

Sólo ojos intercambiando verdades silenciosas.

—Eres peligroso —murmuró con voz ronca, casi un susurro.

—Tú también —respondió ella, con la respiración agitada.



Y entonces se giró de nuevo, subiendo el resto de los escalones, dejando atrás el olor a sangre, el cuerpo del pasado y un beso que aún ardía en los labios de ambos.

Cuando Alexa y Vergil cruzaron la puerta del sótano, la oscuridad quedó atrás como un secreto guardado. El aire arriba era más ligero, aunque aún conservaba un rastro del olor metálico que impregnaba sus ropas. El sonido de sus pasos resonó por el pasillo: madera vieja bajo los pies, manchada por el recuerdo.

La casa estaba... silenciosa.

Casi inquietantemente silencioso.

Sin gritos, sin murmullos, sin sombras acechando en la penumbra. Solo el lejano tintineo del hielo en los vasos y, finalmente, algo más... inesperado.



Risa.

Vergil levantó una ceja. Alexa parpadeó lentamente.

Intercambiaron una mirada silenciosa, como si alguien se preguntara si estaban alucinando. Pero los sonidos eran reales: agua revolviéndose, risas femeninas, música amortiguada por las paredes y ventanas cerradas.

Fueron a la puerta trasera. La abrieron.

Y entonces la escena fue revelada.



En el jardín, iluminado por el sol del atardecer, la piscina brillaba en tonos azules y dorados. Espuma, flotadores inflables, bebidas improvisadas... y allí estaban: las chicas.

Zafiro flotaba en un flotador rosa exageradamente grande, con gafas de sol hasta la mitad de la cara, mientras bebía algo que claramente no era jugo. Stella se reía a carcajadas tras casi caerse del borde, y Katharina competía con Ada y Roxanne para ver quién cruzaba la piscina más rápido.

Todos... felices.

Luz.

Vivir como si el mundo no ardiera bajo sus pies.

Vergil soltó una risa baja, casi incrédula. "Casi había olvidado cómo es... eso."

Alexa se quedó allí parada por un momento, observando.

Sus ojos aún estaban rojos, sus dedos sucios, sus músculos entumecidos por la ira que había sentido minutos antes. Pero ahora, frente a esa imagen... algo en su interior se calmó.

Esa paz era absurda, improbable. Y quizás por eso mismo, preciosa.

Respiró hondo, dejando que ese sonido de vida ahuyentara los ecos del dolor. Por un segundo. Solo por un segundo.

Vergil la miró de reojo, sonriendo con su habitual sarcasmo. "¿Vas a meterte en la piscina así, cubierta de sangre? Pensarán que mataste a un tiburón".





Alexa sonrió en un rincón, agotada pero viva. "¿Quién dice que no?"

¡Eh, ustedes dos! ¡Dense prisa! ¡Hay cerveza fría! —La voz de Morgana cortó el aire como un látigo alegre desde el otro lado de la piscina. Estaba tumbada en una tumbona, con un bikini negro que apenas cubría lo esencial, bronceándose como si fuera la dueña del verano. Sus gafas de espejo reflejaban el cielo y su sonrisa petulante completaba su look de reina del pecado.

Junto a ella, sentada en una silla infantil de plástico, Alice levantó solemnemente un vaso de jugo de fresa con una pajita. «Yo también tengo jugo... si prefieres no morir de cirrosis», dijo con su voz dulce y su mirada inocente. Casi.

Antes de que Alexa pudiera reaccionar, sintió una presencia detrás de ella: Raphaeline.

"Estás hecha un desastre", dijo, mirando a Alexa de arriba abajo. "Ve a ducharte. Hay un traje de baño verde neón ahí atrás. Te quedará bien". Hablaba como si diera órdenes, pero con un tono casi... ¿amable?

"Gracias...", tartamudeó Alexa, sorprendida de poder hablar con tanta naturalidad a una Reina Demonio. Era... extraño. Desconcertante. Pero, de alguna manera, bueno.

Antes de que pudiera dar otro paso, un doble grito llegó como una bomba.

"¡IVERGIL! ¡SACA LAS PALETAS DEL CONGELADOR!" - gritaron Stella y Roxanne al unísono desde el borde de la piscina, como si estuvieran en una guerra por los postres congelados.





"¡Y protector solar para mí, cariño!", añadió Ada, girándose para broncearse el otro lado del cuerpo. Sus gafas se deslizaron lentamente por su nariz mientras murmuraba con determinación: "Convertirme en chica... Sí, hagámoslo".

Vergil solo suspiró —uno de esos suspiros que mezclan cansancio y aceptación— y miró a Alexa en un rincón. Luego, con una sonrisa traviesa, le dio una palmada en el trasero. ¡Pak!

¡¿KYAA?! Alexa se levantó de un salto, completamente sonrojada. "¡¿Por qué hiciste eso?!", protestó, sujetándose la cara con ambas manos, como si intentara borrar el rubor con pura fuerza de voluntad.

Vergil dio un paso al costado, esquivando una almohada voladora que Ada lanzó por reflejo, y respondió con la tranquilidad de quien tiene una excusa preparada:

"Ve a prepararte. Antes de que decida tirarte a la piscina así."

Alexa murmuró algo inaudible y corrió hacia adentro, todavía con las orejas rojas, dejando atrás un jardín lleno de sol, risas y una extraña sensación de que, por caótico que fuera... este lugar, por el momento, era su hogar.

Alexa entró corriendo en la casa, aún con la cara en la mano, con el corazón acelerado por una mezcla de vergüenza y.... algo más. Las risas de las chicas afuera resonaban en las paredes como música de verano. Subió los escalones descalza, con el suelo fresco bajo sus pies, hasta que se detuvo de repente en el pasillo.

Allí, de pie frente al gran ventanal de la sala, estaba una mujer a la que no conocía. Pálida como el mármol, con una larga cabellera blanca que ondeaba





como la seda y una mirada tan profunda que casi la hipnotizaba. Miraba hacia afuera con una intensidad casi dolorosa, como si observarla desde el otro lado del cristal fuera un castigo.

Kaguya.

Alexa instintivamente aminoró el paso. Algo en esa mujer emanaba una... presencia ancestral. Sofisticada. Pero frágil. Como porcelana a punto de romperse.

La mujer no apartó la mirada. Simplemente se balanceó sutilmente, con la mirada fija en las chicas que se divertían bajo el sol: riendo, corriendo, mojándose. Una fiesta sencilla.

Inocente. Pero prohibido para alguien como ella.

A los vampiros no se les permitía estar al sol. Esa era la regla. La maldición.



Y Kaguya lo sintió profundamente hoy.

Entonces Vergil entró, con calma, cruzando la habitación como si nada. Alexa lo observó en silencio, retrocediendo un poco, respetando el momento.

Se detuvo detrás del vampiro, quien ni siquiera notó su llegada, o fingió no hacerlo.

Con un suspiro ligero, casi afectuoso, Vergil levantó la mano y le dio un suave golpecito en la frente.

"iTchac!"





Kaguya parpadeó sorprendida. "... ¿Vergil?"

Arqueó una ceja. "¿De verdad vas a quedarte aquí, hirviendo de envidia como un villano de telenovela?"

Ella frunció el ceño, molesta. "No puedo. Ya lo sabes. El sol... me pone..."

—Shhh. —Vergil le puso un dedo en los labios, sin tocarla. Un gesto más simbólico que físico. Y luego, con la otra mano, le tocó el hombro.

Una corriente cálida recorrió el cuerpo de Kaguya, como un suave río de fuego. Su energía demoníaca se extendió dentro de ella como si llenara un vacío ancestral, despertando algo latente que ni siquiera sabía que tenía. La maldición de la luz... comenzó a silenciarse. Al menos por un rato.

"Diviértete." —dijo con una sonrisa en su rostro. Un tono casi juguetón... pero en el fondo, era un regalo. Un permiso. Un desafío.

Kaguya lo miró estupefacta. Sus ojos brillaban con una mezcla de incredulidad y gratitud, pero, por supuesto, jamás lo admitiría. Enderezó la postura, se giró con elegancia ensayada y dejó escapar un leve gruñido:

"...Estúpido."

Y se fue. Caminando hacia la puerta como una dama a punto de romper todas las reglas del mundo, y con estilo.

Vergil volvió a suspirar, abrió el congelador y sacó las paletas. "¿Qué tiene de malo salvar a mujeres complicadas?"



Alexa, todavía apoyada en la puerta del pasillo, sonrió con ironía. Sí... eso era mi hogar. De la forma más extraña y caótica posible.

... [Ubicación desconocida...]

La oscuridad era absoluta. Ni siquiera el sonido parecía fluir libremente allí. Un espacio entre mundos, donde incluso el tiempo dudaba en existir.

Entonces, una silueta oscura dio un paso al frente. Su voz era seca, sin emoción, cargada de un vacío que devoró la esperanza.

Perdimos a Alex. Con eso, ahora solo tenemos siete generales.

El silencio que siguió fue más denso que el discurso. Pero entonces una voz femenina, dulce como veneno destilado, surgió de la sombra más profunda.

—Quizás sea lo mejor —dijo con un susurro que resonó como un cántico—. El plan debe comenzar. Ya tenemos un Arma Divina... Ella sangra. Ella teme. Ella sueña.

Un resplandor carmesí latía en el centro del círculo de oscuridad: el Behelit. Un ojo cerrado... esperando.

"Sacrifiquémosla. Y usemos el Behelit."

Pero otra voz respondió, más vieja, áspera como una piedra al arrastrarse.

—Todavía no. El ritual requiere más.



La figura se levantó, revelando cuernos retorcidos y un collar de dientes humanos. «Aún necesitamos el cuerpo del Papa».

Un murmullo sagrado —o profano— resonó en el espacio vacío. «Cuando los huesos sagrados sean profanados... la puerta se abrirá».

La mujer sonrió, sus ojos brillando como rubíes en el abismo. «Como desee, mi señor».

